

PROGRAMA "CAPITOLIO"

"METRO PICTURES"

Compuesto solamente de grandes exclusivas

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis

Libro de Blasco Ibañez - Dirección de Rex Ingram
por Rodolfo Valentino y Alice Terry

Cleo la Francesita

por Mae Murray

La Dama de las Camelias (versión moderna)

por Nazimova y Valentino

No me olvides

por Bessie Love y Gareth Hughes

Mujeres Frívolas

por Bárbara-La-Marr, Ramón Navarro y Lewis Stone

La Rosa de Nueva-York

por Mae Murray

¡Estaba escrito!

por Otis Skinner y Elinor Fair

La famosa señora Fair

por Myrtle Stedman, Marguerite de la Motte,
Cullen Landis y Huntly Gordon

Eugenia Grandet

por Alice Terry y Rodolfo Valentino

La Fuga de la Novia

por Viola Dana

El Pescador de Perlas

por Alice Terry y Ramón Navarro

Retenga esos nombres y acuda
donde se exhiban si quiere admirar
lo mejor en cinematografía.



La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 63

25 cts.



EL
PESCADOR
DE PERLAS

por
Alice Terry
y Ramón Navarro

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 63

El pescador de perlas

Poema cinematográfico interpretado por
ALICE TERRY Y RAMÓN NAVARRO



Concesionario:

S. HUGUET :: Provenza, 292 :: Barcelona

Argumento de la película de dicho título

El asunto poético de esta narración se desarrolla en las Islas Wailoa y Huapa, ambas situadas muy cerca del ecuador, y casi juntas.

En esas islas el correo sólo llegaba una vez al año y en ellas, de acuerdo con su carácter, los hombres encontraban un Edén ó un Infierno.

En Huapa, el último jefe de su tribu se estaba muriendo; y, antes de expirar, llamó á su hijo Motauri.

Motauri, que cuando no pescaba perlas—su ocupación favorita—, perseguía á los peces ó cantaba á la inmensidad del mar y de la vida, acudió, presuroso, á recibir los postreros consejos de su padre y el nombramiento, pronunciado por sus labios, de heredero de su prestigio y poder.

En Wailoa notábase siempre mayor animación que en la isla vecina.

Hacia bastantes años que el Pastor Spener había dejado la Parroquia que desempeñaba en Norteamérica para consagrarse á la educación de los salvajes de esta isla del Pacífico.

Su hija Matilde llenaba, en el hogar, el hueco dejado por su madre al morir... Ella era el único ser con quien el misionero compartía las alegrías y las tristezas de aquella vida de sacrificio.

Era encantador el efecto que producían los fieles del Pastor, escuchando, sentados en el suelo, cubierta la cabeza de las mujeres con cómicos sombreros, sus predicaciones y la lectura, por Matilde, de interesantes ejemplos de los beneficios conseguidos por aquellos que reconocieron sus errores y se inclinaron ante la Verdad.

Pero el misionero tenía un enemigo formidable para que su labor diese el apetecido fruto. Era una cantina, instalada aprovechando el casco de un barco viejo, situada al otro lado de la aldea, que constituía una tentación

constante para los habitantes de las islas, y cuyo propietario, el capitán Hull Gregson, hombre de malos instintos, instalóse un día en la isla, con un criado esclavo de su voluntad, para enriquecerse á costa de los ignorantes moradores de aquellos apartados lugares del mundo civilizado.

En el «establecimiento» del capitán Gregson, se rendía culto al vicio, y se efectuaban toda clase de tráficos. No obstante, llevaba el nombre paradójico de «Puerto de Refugio».

Todo lo había previsto el capitán Gregson para acreditar su comercio, dotándolo incluso de atractivas bayaderas, «ganchillo» eficaz para consolidar una numerosa clientela.

Conocedor habilísimo de la influencia que en el ánimo de ciertos seres ejerce el ron, el Capitán no escatimaba la cantidad cuando se trataba de realizar operaciones con algunos de sus parroquianos.

Así, por ejemplo, un día, codiciando unos dientes de ballena muy hermosos que un indígena le había mostrado sin ánimo de venderse los, le hizo una oferta después de haberle «obsequiado» con un buen vaso de alcohol... consiguiendo su propósito de compra. Sin embargo, la operación no le había resultado tan brillante como esperaba, pues el salvaje se mantuvo firme en pedir un precio mayor al que él le ofrecía. De todos modos el negocio era redondo; pero, no pudiendo consolarse del exceso, según sus cálculos, pagado, desató su cólera contra el vendedor y exclamó, á la par que le entregaba el dinero:

—¡Toma, perro amarillo! ¡Cada día os vais

haciendo más insoportables con vuestras exigencias!

Y en el rostro del Capitán se leía el mal que deseaba al salvaje.

Motauri, á cuyos oídos llegaron las soeces palabras del mercader, por encontrarse junto á la puerta del mesón cuando tuvo lugar la disputa entre el Capitán y su «proveedor», se dió perfecta cuenta del profundo desprecio que el primero sentía para los de su raza.

Dispuesto á defender á los suyos, Motauri se presentó al capitán Gregson y le entregó, para que la contemplara á su placer, la última perla que acababa de pescar en el fondo del mar.

El Capitán, maravillado del tamaño de la perla en cuestión y de su valor, esperaba conocer el precio que Motauri pretendía por ella, obteniendo la contestación siguiente:

—No pido nada por ella porque hoy no quiero vender.

Desilusionado, el Capitán se prestó con facilidad á una amigable discusión, mas Motauri la cortó bruscamente, rehusando beber, causando extraordinario asombro á la concurrencia.

—Tienes mucha gracia para emborrachar á los infelices y engañarlos después... Pero yo no soy un desgraciado de esos que te dan por un trago lo que han logrado con riesgo de su vida. Yo soy el jefe de una tribu y tú, llevado por la codicia, lo has olvidado sin duda—le dijo.

Tras estas enérgicas palabras, Motauri tum-

bó al suelo la mesa en que se hallaba la botella del ron, y salió luego de la cantina.

El Capitán, por milagro ciertamente, no repelió la furiosa acometividad de Motauri, y el criado de aquél comentó eso con algunos clientes:

—A cualquier hora aguanta el amo una cosa así en otros tiempos; pero desde que conoció á la hija del misionero blanco ha cambiado por completo.

El criado tenía razón; el Capitán era otro desde algún tiempo á aquella parte, y sin duda el temor del escándalo le había dictado una prudencia jamás imaginada en él ni por él mismo. La transformación, en el sentido de su brutalidad—pues no había variado lo más mínimo en cuanto á sus poco escrupulosos negocios—, se debía rotundamente á haberse enamorado de Matilde, con quien ansiaba desposarse.

Entretanto, en el templo, la canción nostálgica de la hija del misionero se apoderaba del ánimo de los oyentes más que todos los sermones del buen Pastor.

Advertíase en las notas quejumbrosas del órgano y en las que brotaban del pecho de la joven blanca, el anhelo que palpitaba en su corazón.

Motauri, al pasar cerca de allí, se detuvo, y la voz celestial de Matilde guió sus pasos hasta el marco de una ventana abierta, desde donde él la vió, pasmándose ante su belleza y lozanía.

Fué tal la grata sorpresa recibida por Motauri, que allí mismo, arrancando de su tallo

una flor, la pasionaria, símbolo de fe, emblema de amor, para saguidamente ofrecérsela á Matilde, confundióse con la salve el murmullo de sus risas y lamentos cual de ingénuo trovador.

Matilde le vió y si bien era dulce con todos, por costumbre y por obligación voluntariamente impuesta, su dulzura por Motauri se manifestaba por una agradable distinción sobre todos los demás...

En su casa, el padre y la hija, felices en su aislamiento, aprovechaban la tranquilidad de su hogar para deleitarse con el único lazo que los unía al mundo civilizado, el periódico.

En la cara de Matilde, de facciones perfectas, aunque algo tristes, sería inútil buscar el más imperceptible signo de descontento, ni mucho menos de rebeldía contra la vida de monótona soledad que se veía obligada á llevar.

De ello podía dar fe el capitán Gregson, que la espía atentamente desde su casa, situada frente y á poca distancia de la del Pastor, durante los largos días y las caliginosas noches tropicales.

Matilde vivía fiel al recuerdo de su madre muerta, que tampoco la abandonaba un instante. Y nunca, en la mesa, faltó el cubierto de la ausente querida.

Pero he aquí que cierto día Matilde, de sobremesa, después de muchos rodeos, se decidió á decir á su padre:

—Papá, ya que tenemos una oportunidad para hacerlo, ¿por qué no nos marchamos de

aquí? Si nos hubiéramos ido á tiempo, seguramente que mamá estaría aún con nosotros.

La ocasión á que se refería Matilde era la siguiente carta que su padre había recibido por la mañana:

“Reverendo señor Spener: Desde hace diez años que nos abandonó usted, esta Parroquia ha dejado de ser lo que antes era porque le falta su más edecuado guia espiritual. Creemos que Lenoxville tiene más derecho á beneficiarse con los buenos servicios de usted que esa isla selvática, donde se encuentra desterrado voluntariamente. Por lo tanto esperamos, ansiosamente, que se decida á regresar.”

Matilde insistió:

—Papá, desde que has recibido esa carta he pasado las noches enteras pensando en lo que en ella te dicen y pidiendo á Dios que aceptes lo que te proponen... Si, padre... en esta isla mi vida se consume y se marchitan mis ilusiones y siento flaquear mi resistencia, hasta el extremo de tener miedo de todos y de todo, incluso de mí misma.

La delicada joven hablaba con mucho sentimiento... y tal vez acicateada por la revelación que el destino le había hecho de la existencia en la vida de un consuelo indispensable: el amor. Amor era en efecto lo que Motauri puso en su alma desde el primer encuentro, cosa dulce, arrobadora... pero, por lo mismo, un peligro para ella, tratándose de Motauri, de distinta casta y religión.

El Pastor, evocando, sentada junto á sí, á su difunta esposa, tuvo un momento de vacilación, durante el cual creyóse Matilde victorio-

sa; mas luego dijo, con resignación de hombre completo:

—¡Hija mía, no podemos olvidarnos de que estamos cumpliendo un deber!

De nuevo, pues, sin alterar la bondad de su rostro, Matilde respetó la decisión de su padre.

El principal aliciente que para el misionero Spener tenía la obra que realizaba, era el valor moral de cada uno de sus convertidos y el trabajo de conservarlos fieles á su doctrina.

Para ello, el Pastor iba de cabaña en cabaña, en visita de amigo, distribuyendo sus consejos de fomentación de la virtud, y socorriendo moral y materialmente á los necesitados.

Había todavía mucha mala hierba que sanar, segándola completamente para cuidar su nuevo brote. Esa mala hierba no era más que cierto número de indígenas á quienes nada separaba del alcohol que los embrutecía.

Aflijido por no poder enderezar, como sería su mayor gloria, los torcidos arbustos de esos hombres dotados de poca voluntad, el Pastor manifestó á Matilde:

—Es indudable, hija mía, que todo lo malo y todos los vicios que hay en Wailoa salen de esa cantina que es la vergüenza de la isla y la causa única de la degradación de sus moradores.

En esto, se les apareció el capitán Gregson, quien saludó á Matilde y á su padre, no siendo correspondido más que por la primera, pues éste negóse, como otras veces, á detenerse á hablar con él.

Al objeto de, captándose la simpatía del padre, acercarse más á Matilde, que llenaba todos sus afanes, el Capitán, mientras ésta se separaba de ellos para ir á visitar á sus pequeñas discípulas, preguntó al misionero la causa de su indiferente actitud para con él, á lo que el aludido supo replicar inmediatamente:

—Ya le tengo dicho, capitán Gregson, que mientras fomenta usted el vicio entre mis feligreses, expendiendo bebidas alcohólicas, no puedo tenerle buena voluntad.

Matilde, según hemos dicho, se alejó de su padre y del Capitán, pero lo que nadie sabía es que iba á la cita que le diera Motauri junto al mar.

No era esa una de las raras veces que se entrevistaban con el cielo y el mar como únicos testigos de sus escapatorias, sino una de tantas, pues á cada nuevo instante sentíanse mutuamente poseídos de un deseo fervientísimo de verse.

Pero, ese día, Matilde dijo á Motauri:

—Mi padre me ha prohibido que hable contigo. Dice que eres un ser sin religión, un pagano.

—Pálida Estrella, ¡mi Dios eres tú!—le replicó él.

Las dos potencias morales: la obediencia que debía á su padre y el cariño á aquel hombre de distinta raza, sostuvieron un brevísimo combate, imponiéndose el segundo poder, pues no cabía duda que algo misterioso animaba á Matilde para perseverar en la ilusión de amar y saberse amada.

De consiguiente, aquel día, como los demás, y más aún, el ingénuo Motauri y la candorosa hija del misionero tejieron, con el suave hálito de sus cuerpos henchidos de amor, el vaporoso visu de una dicha imaginada por ellos en horas serenas, durante la melancolía de sus corazones jóvenes, curiosos y románticos...



—Pálida Estrella, ¡mi Dios eres tú!

Y su amor, puramente platónico, tenía el encanto que suelen encontrar los infantes ante su mejor juguete...

Motauri, para, dentro de sus medios, demostrar á Matilde su idolatría, le rodeó su blanco cuello con un collar de flores, artísticamente dispuesto por él.

Luego se separaron, temerosos de ser vistos

por el Pastor y Gregson que seguían platicando.

—Es la eterna lucha, reverendo señor Spener. Los comerciantes aparecemos enfrente de los misioneros sin que haya razón para ello. ¿Por qué no dejamos á un lado estos antagonismos?—le había dicho el Capitán al Pastor, para que éste le escuchase la declaración de su respetuosa inclinación hacia Matilde.

Sorprendido, el misionero, viendo en el casamiento de su hija con el Capitán la verdadera salvación del Capitán mismo y de los rebeldes como él á la conversión, aceptó para sus adentros, condicionalmente, trocar en realidad la idea del mesonero, á quien contestó, menos severo que otras veces:

—Sólo una cosa me convencería de sus palabras, Capitán: ver á usted cerrar la cantina.

Gregson enmudeció ante la inesperada y categórica petición del Pastor, no animándole, de momento, ningún buen propósito de rehabilitarse suprimiendo el vicio que fomentaba.

Matilde acariciaba á una linda indígena cuando acertó á pasar por su lado el Capitán. Este, con corrección que contrastaba con su brutalidad habitual, provocó una conversación con ella.

—Señorita Matilde, le tengo guardado á usted este obsequio que acabo de adquirir. Es el hilo de corales más hermoso, por lo simétrico de su color, que he visto en mi vida, señorita. Este collar parece hecho expresamente para realzar la pureza de su hermoso cuello.

Matilde rechazó, con naturalidad, el regalo, molestando, obrando así, al Capitán. Y ello le

molestó mayormente al fijarse en el collar de flores silvestres que le regalara Motauri, y que contempló, ocultando, tras una sonrisa, el rencor de los celos por el desconocido «interesado» en adornar á la mujer que pretendía para sí. ¿Quién podía ser «el otro»?—se preguntaba.



Matilde acariciaba á una linda indígena...

Aquella noche Matilde^{*}^{*}, contra su costumbre, fué la última en abandonar el templo.

El farol existente á la puerta de la iglesia, cuya luz ahuyentó tantas veces á los enamorados que buscaban las sombras del apacible lugar, estaba roto y su resplandor apenas rasgaba la oscuridad de la noche.

Sin embargo, Matilde no se consideraba aún lo invisible, á los ojos de los demás, que quisiera, y Motauri, adivinando su intranquilidad, sonrió como un muchacho y le dijo:

—¡Ahl! ¿Tienes miedo de que los «cristianos» te vean con el hermano «malo»?... Ven, pues, aquí fuera. Estaremos mejor, ¿no es cierto?

Obedeció Matilde...

Desde la terraza de su casa, Gregson dominaba toda la extensión del valle, pero sólo atraía su mirada el trayecto comprendido entre la residencia del misionero y el templo.

Al salir de unas sombras poco encubridoras para buscar un refugio más seguro para su amor, Matilde y Motauri fueron alcanzados por el anteojo de Gregson. Este no los reconoció absolutamente, pues sólo distinguió dos formas humanas que se alejaban de la iglesia. A pesar de no haber visto lo que hubiera deseado, aunque con dinero, «ver», el Capitán fué poseído de una duda que lo encolerizaba. En tal estado de ánimo concibió un plan y, como siempre, lo puso en práctica en el acto. Decidió «convertirse» y, para ello, dirigióse á casa del Pastor.

Mientras eso ocurría por una parte, por la otra los dos jóvenes se olvidaban de volver al mundo para seguir viviendo, al soplo de la tierna pasión que con sus labios, en palabras apenas pronunciadas, afluía de sus corazones, gozando de una dicha sin par.

Motauri expresaba sus sentimientos á Matilde con puerilidad, sin poner freno á sus alabanzas dirigidas á ella, en quien adoraba.

Y ella, interrumpiéndole una vez, pues ya en su pecho no cabía más dicha, le dijo:

—¿Tanto me quieres, Motauri?

Y él le regaló, más ilusionado aún, sus oídos, confirmándose su cariño avasallador, y prudente como correspondía á la virtuosa Matilde y al noble sentir de Motauri.

Mas, en esa felicidad sin par de la linda pareja, surgía un temor para la amada... pero, afortunadamente, era rechazado al ponerse en contacto con la felicidad misma...

Aquellos fugaces momentos, unidos bajo la enredadera de pasionarias, al arrullo de un amor imposible, tenían la magia de alentar la esperanza y la fe en el corazón de la joven solitaria.

—¿Te acuerdas de la primera vez que nos vimos, Motauri?—le preguntó ella.

¡No había de recordarlo! ¡Quién no se acuerda del primer encuentro! Después de haberla visto, desde fuera, en el marco de la ventana del templo, tocando el órgano, la vió otro día, á mejor decir, la siguió... Matilde fué á depositar flores á la tumba de su madre, y Motauri hizo lo propio, cortando las flores que pudo encontrar en el camino. Desde entonces, Motauri no había desperdiciado jamás una ocasión para verla, y Matilde, aunque quería resistirse, le buscaba también, por el placer de distinguirlo discretamente y por el de ser vista por él.

—De no haberte conocido, Motauri—añadió Matilde—, no sé qué hubiera sido de mí. Esta vida de aislamiento pesaba sobre mi corazón cada día más.

La confesión no podía ser más delicada...

La sorpresa del Pastor al oír los buenos propósitos de que estaba animado el capitán Gregson, es fácil de imaginar. El «hipócrita» pretendiente de su hija le había dicho:

—Ya que ha logrado usted llevar á mi ánimo el convencimiento de que mi negocio es realmente íncuo, puede tener la seguridad de que cesaré en mi error... Siento la necesidad de que sus doctrinas y ejemplo guíen mis actos.

La «conversión» del Capitán sería para el Pastor la mayor gloria en su carrera apostólica; y, enorgullecido de antemano de tan señalado triunfo, el padre de Matilde recibió en su casa, en la intimidad, pues le había salido al paso en el jardín, al pecador con ansias de redención.

Matilde, que regresó, procedente de la entrevista amorosa, á su hogar, poco después de llegar en él Gregson, extrañóse de ver á éste allí y de lo malo previó lo peor. ¿Acaso les había descubierto?

El Capitán, hablando con Matilde, le dirigió algunas «indirectas» que el Pastor no tenía motivo de comprender.

—Acabo de decir á su padre, Matilde, que están pasando una serie de cosas cerca de él sin que se aperciba...

¿Qué se proponía Gregson? ¿Comprometerla delante de su padre? Ciertamente, no, pues el Pastor no hizo más que asentir en lo que decía el Capitán. Y era que éste fingía referirse á la conducta de ciertos moradores de la isla.

Pero Matilde confirmaba sus sospechas



...confundiéndose con la salve el murmullo de sus risas y lamentos...

en las maliciosas miradas, acompañadas de sonrisitas, del farsante, que ella, sin poderlo remediar, aborrecía.

El Capitán dijo más, á Matilde:

—Como voy á empezar á practicar su religión cerca de ustedes, creo que mi deber es poner á su padre al corriente de todo.



—Acabo de decir á su padre, Matilde,...

Esta frase, oída por el Pastor que estaba con ellos, significaba para éste que el Capitán, en bien de los rebeldes mismos, le daría toda clase de informes que pudieran facilitar su santa misión.

Para Matilde, era una nueva amenaza.

Finalmente, para captarse la completa sim-

patía del Pastor, el Capitán le hizo esta promesa:

—Mi primer acto de adhesión quiero que sea el de regalar un farol á la Hermandad para que alumbré bien el portal de la iglesia. ¿Qué le parece?

—¡Encantado, señor Gregson! —exclamó el Pastor—. El cielo premiará su buena acción y le quedaremos todos muy agradecidos.

—Era necesario cambiar ese farol roto que tenían ustedes desde algún tiempo en un lugar que invita al amor si no se halla bien alumbrado, ¿no le parece á usted, Matilde?

Matilde azórose y por milagro no lo notó su padre.

El rubor de la hija del misionero convencía al Capitán de que era ella á quien había visto, con un hombre sin duda, pero sin saber cuál era, alejarse del templo hacia el bosque.

Lo que se proponía Gregson era atemorizar á la joven para que cesara en sus amoríos con su rival, á quien buscaría y cuyo nombre, á cualquier precio, llegaría á saber.

Si amedrantando á Matilde lograba que su galán, desconocido por él, se retirase declarándose, basándose en el silencio de ella, olvidado, daría un paso enorme en el terreno de la posesión de la pretendida mujer que constituía todas sus ansias.

Por de pronto, el Capitán estaba seguro de haber adquirido cierta provechosa influencia en Matilde.

Quando se hubo marchado de su casa el Capitán, Matilde, en el colmo de su extrañeza

y disimulando el doble sentido de sus palabras, manifestó á su padre:

—¡Pero has admitido aquí á ese hombre, permitiéndole que se inmiscuya en tus propios asuntos! ¿No decías?...

—¡Calla, hijita, y óyeme!—interrumpió el Pastor—. Se han dicho muchas cosas malas del Capitán, pero la mayoría de ellas no son verdad. Ese hombre no ha sido bien comprendido.

Además, con la debida delicadeza, el misionero añadió:

—Escucha, Matilde... El Capitán me ha insinuado algo sobre un asunto que constituye una seria preocupación para mí...: tu porvenir...

Matilde, súbitamente, desgarró el velo de la incomprensible actitud del Capitán, que se había complacido en mortificarla delante de su padre, y, por vez primera en su vida, hizo un gesto de rebeldía á lo que le iba á aconsejar el Pastor, mas, antes de que pudiera exteriorizar su disgusto con palabras dolorosas, el misionero agregó á su frase anterior, este final:

—No has de dudar, Matilde, que yo sólo quiero tu bien y, por eso, pensando en que puedo faltarte cualquier día...

Mátilde callóse... mientras que en su alma, á través de su dolor al pensar en lo que le proponía, como buena cosa, su padre, se alzaba, risueña, la sombra de Motauri...

El Capitán, cumpliendo su palabra, había cerrado la cantina, á los ojos de todos, aunque no positivamente, pues en secreto, para

la clientela distinguida, no negaba sus licores á buen precio. Tampoco, efectivamente, había renunciado á sus «negocios» de compra, á los indígenas, de preciosos objetos á precios ridículos ó por buen whisky.

Algunas veces más, desde la vez en que, en el mesón, Motauri mostró sus dientes, como vulgarmente se dice, al Capitán, éste le cruzó en su camino, y la presencia en Wailoa, injustificada hasta cierto punto, del jefe de la tribu de la isla de Huapa, dió á suponer á Gregson que ya tenía resuelto el problema de quiénes eran los fugitivos, cuyas siluetas vió á través de su anteojito noches atrás.

A cada nuevo encuentro con Motauri, Gregson sentía mayores deseos de vengarse de él, en primer lugar, porque era de cuidado, y en segundo lugar por si *en realidad* fuese el corajoso atrevido de Matilde.

Y he aquí que una tarde, cuando el cielo entristecía contagiando su melancolía á la isla, el Capitán vió, desde la terraza de su casa, á Matilde salir de la suya, con cautela, desapareciendo hacia la selva. Como poco antes viera también á Motauri, disgustándole más que nunca su mirada retadora, la duda de que éste y Matilde continuaban sus idilios, hizóle tomar una decisión.

—Ve á decir á los muchachos que se apoderen de todas las canoas que haya en la orilla y que luego vigilen bien la casa del misionero—ordenó á su criado.

Y su mandato fué ejecutado mientras Motauri, el inculto, pero buen enamorado de Matilde, se reunía con ella en un apartado lugar.

La entrevista empezó con lamentos por parte de Matilde.

—¡Tengo miedo, Motauri! Miedo á que mi padre se entere y de que el Capitán, que lo sabe todo, nos prepare una emboscada.

Motauri, de pensamiento elevado y libre, no tomaba la cosa tan en serio como su amada, y, contrastando, con el desconsuelo de ésta, se sonreía...

Grave, muy reconcentrada, Matilde le dijo:

—Esta debe ser nuestra última entrevista, Motauri, ¡el final de nuestro amor!

—No, eso no; tú no debes abandonarme porque no ignoras cuanto significas para mí. ¿No es bastante mi amor para que seas feliz? ¿No puedes disponer, según tu gusto, de tu corazón? ¿Es posible que nosotros, nacidos como esas flores que jamás tocaron otras manos que las de la naturaleza, sepamos amar mejor que vosotros? ¡No, mi Pálida Estrella! No puedes dejarme sin luz cuando, teniéndote á mi lado, veo lo que nunca adiviné: un trono de incalculable riqueza ocupado por tí y á los pies del cual yo he de rendirte eterno vasallaje.

—¡Soñábamos, Motauri, en un imposible! ...No me atrevo á volverte á ver. ¡Márchate, Motauri, te lo ruego...

Motauri, decidido á no perder á la mujer que era toda su vida, apeló á todos los recursos imaginables para resolver la difícil cuestión.

Empezó—por ser este un excelente medio— con la nota sentimental.

—Ya esperaba yo este triste final — le di-

jo—; porque aquí, en Wailoa, no soy más que Motauri, ¡el salvaje Motauri!

Y, luego, briosamente, como queriendo imponerse á todo poder *con su propio poder*, terminó así:

—Pero en la isla de Huapa soy el jefe de mi tribu... Allí encontraremos refugio para nuestro amor... ¡Vamos esta noche!... ¡¡Ahora mismo!!

Apremiaba determinarse en un sentido ú otro. Matilde, sorprendida por tan precipitada proposición, rechazó la idea de la fuga. Pero Motauri insistió... y en la mente de Matilde aparecieron las palabras pronunciadas por su padre para enterarla de que veía con buenos ojos los propósitos de casamiento con ella del capitán Gregson.

Tras breve reflexión, la perspectiva del enlace proyectado entre el Pastor y el «lobo» con piel de oveja, venció toda resistencia en Matilde.

Y Motauri no vaciló más en estrechar contra su corazón, y besar, llorando de alegría, la idolatrada Pálida Estrella.

Y, como para asegurarle la constancia de su amor por toda la vida, le entregó una bolsa llena de perlas que él mismo pescara, á guisa de dote.

A continuación de esto, la empujó consigo, diciéndole:

—¡Partamos! Encontraremos mi canoa abajo, en la bahía.

—¿Pero olvidas que puede vernos alguien en el camino?

—¿Crees que necesito seguir esa senda?

Cruzaremos las aguas de la catarata y pronto llegaremos á la costa.

—¡Lanzarse por ahí es lanzarse á la muerte, Motauri!

—¡A la muerte, no! ¡Por ahí vamos á la vida, amor mío!

Siguiendo el curso de la catarata majestuo-



— . ¡Por ahí vamos á la vida, amor mío!

sa y rugiente; purificando aún más su amor en aquellas aguas vírgenes, bajo cuyas ondas les acechaba la muerte, caminaban los dos amantes en pos de la felicidad.

Entretanto, el Pastor, ajeno á la escapatoria de su hija, llenaba el informe de la Misión comentando, con las mayores alabanzas, la con-

versión del Capitán, y el proyectado enlace de éste con Matilde.

El versículo de San Lucas: *Más regocijo habrá en el cielo por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos*, alentaba el Pastor á creer en la sinceridad de Gregson.

Al llegar á la bahía, Motauri, asombrado, exclamó:

—¡Pero, cómo! ¿No están las canoas?

Matilde, inquietóse...

—Puede que estén pescando con ellas en los acantilados. Voy á buscar la mía.

—¡No, no me dejes sola!

—No pases cuidado... En último caso cogere una de las canoas del Capitán, que no la echará de menos hasta mañana. Vuelvo en seguida.

—¡Motauri, amor mío! ¡Guárdate bien de ese hombre!

—Aguárdame aquí, oculta entre el follaje para que no te vean.

Largo rato había transcurrido desde que partiera Motauri, y aquella espera le iba pareciendo eterna á Matilde.

El viento huracanado, precursor de la tempestad, agitaba, cada vez con más fuerza, las ramas de los árboles, empavoreciendo á Matilde, que temblaba más que de frío, de tremenda inquietud.

De pronto, los ojos de la joven divisaron, á corta distancia, una choza de indígenas, y acercóse á ella para guarecerse, si fuera posible sin ser vista, de la lluvia.

Pero Matilde se detuvo en el umbral del ho-

gar en cuestión y retrocedió de asco. ¡Qué modo repugnante de comer el de aquellas gentes! ¡Cómo cocinaba la mujer! ¿Era carne cruda lo que devoraba con glotonería el cabeza de familia? ¿Podría ser como este el paraíso que le aguardaba con Motauri?

Todo contribuyó á desilusionarla; y á su deseo de volver á su casa sin ser vista, se oponían el aire, los arbustos de la selva..., el cielo y la tierra, revueltos contra ella para hacer más grande su arrepentimiento y su desesperación.

Agotadas sus fuerzas, Matilde llegó frente á la casa del Capitán.

Llovía en abundancia y ella estaba calada hasta los huesos. Ni un instante pasó por su imaginación pedir hospitalidad al hombre aborrecida, y sólo guiada por su intuición, sigilosamente, atisbó el interior, alumbrado, de la casa, á través de los cristales, y, causándole el consiguiente asombro, vió á Motauri de pie ante el Capitán y amenazado por éste con un revolver.

Presa de piedad por el buen Motauri, pegó su oído á la cerradura de la puerta de la habitación inmediata al jardín, en que ellos estaban, y oyó su conversación:

—Ahora mismo vas á decirme por qué querías sacar un bote del colgadizo sin pedir permiso.

—¡.....!

—Conque para pescar, ¿eh? ¡Y con este tiempo! ¡Mientes!.. Aquel maldito farol mortecino no me permitió cerciorarme de si érais tú y la hija del misionero los que ví salir del portal de la

iglesia, cierta tarde... Si tuviera la seguridad de ello, te arrancaba el corazón con las uñas... ¿Vas á hablar antes de que te coja por el cuello y te obligue á cantar como un papagayo?

Uniendo á la palabra el gesto, el Capitán se abalanzó sobre Motauri, quien se negó á despegar los labios.

Matilde, seriamente comprometida si Motauri se veía obligado á hablar, tuvo la mala fortuna de hacer ruido en la puerta, al apoyarse en ella cuando estaba á punto de desmayarse, y Gregson, habiéndolo oído, abrió aquella, rápidamente, rodando Matilde al suelo.

Motauri, atónito, no hizo el menor movimiento al ver á Matilde, fingiendo de ese modo, inútilmente, no conocerla.

El síncope de la joven duró poco, gracias al calor de la habitación.

Entonces, Gregson, riéndose grotescamente al considerarse dueño, moralmente, de Matilde, vengóse de la indiferencia de ésta hacia él, ofendiéndola de la siguiente manera:

—¿Y eras tú la mujer superior á mí? ¿La que me consideraba indigno de ella? ¡No pensarás lo mismo de ahora en adelante, sino que te arrastrarás á mis pies para lograr que me case contigo!

Matilde sollozaba con la más amarga amargura...

Motauri, enrojecía de ira, mas, por prudencia, hasta ver el final de aquel grave asunto, contuvo sus ímpetus de noble humano.

Gregson, exasperado por los celos, seguía insultando á la pobre Matilde:

—¡Cuánta ilusión puesta en tí, á quien mira-

ba como un modelo de bondades, como una Santal... Y al final no eres más que un diablillo vulgar... ¡La hija del misionero!... ¡La respetada por todos!... ¿Qué eres ahora después de esta fuga con este perro salvaje aprovechando las sombras de la noche?

Eso era ya demasiado agravio inmerecido por la casta Matilde, para que Motauri lo tolerase como un verdadero salvaje.

Y fatalmente, Motauri mostró otra vez sus dientes á Gregson. La lucha de los dos rivales fué sangrienta. Apagóse la luz. Rodaron dos cuerpos por el suelo. Se oyeron rabiosos ayes de dolor... el incesante llanto desesperado de Matilde... y, súbitamente, reinó el silencio más absoluto...

Al amanecer el nuevo día, Motauri se despertó y vió junto á sí el cadáver de Gregson. Se imponía la huída más rápida, y buscó á Matilde quien, ante lo ocurrido, lloraba sin cesar.

—¡Vámonos!—le dijo Motauri—¡Ahora somos libres!

—¡No, Motauri, no!—gimió ella— ¡Estábamos locos...ciegos!

—¿Y nuestro amor, Pálida Estrella?

—Es un imposible, Motauri. Para nosotros el amor es un anhelo que jamás veremos trocado en realidad venturosa.

Tenía razón Matilde. Así lo reconoció Motauri. La diferencia de raza y religión alzaba una valla entre los dos. Así lo querían las leyes humanas. Y, resuelto á acabar el suplicio que para él empezaba, se despidió de ella:

—¡Adiós para siempre!

Pero Matilde, que amaba á Motauri, desmayóse en sus brazos.

Y no sacó ventaja de la situación el noble salvaje, porque tenía conciencia de hombre sensato. Sólo se limitó á conducir á Matilde á casa de su padre, depositando su precioso y



.. depositando su precioso y purísimo cuerpo...

purísimo cuerpo sobre una dormidera colocada en la terraza, y antes de partir para no verla á ver, dejó su bolsa de perlas en una de sus manos.

Y Motauri, el pagano, el jefe de su tribu, buscó sin vacilar, con arreglo á las tradiciones de su raza, la solución de un imposible...: ató-

se las manos y arrojóse en el torbellino de las aguas de la catarata...

Matilde imploró á su padre que la sacara de Wailoa y, al fin, reconociendo haber estado ciego, sacrificando inconscientemente la juventud y la felicidad de su hija á su ideal, el Pastor decidió el regreso á América.

¡Wailoa! ¡Motauril! ¡Oh recuerdos inmortales!
¡Proteged á Matildel!

FIN DEL POEMA

Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia

Próximo número:
Extraordinario

Fecha de salida: **Sábado 29 Diciembre**

El argumento de la película basada en la emocionante novela del prestigioso novelista español D. José María Carretero
«EL CABALLERO AUDAZ»

La sin ventura

Grandioso triunfo de la cinematografía. Numerosas ilustraciones fotográficas. 64 páginas.

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

“Snub“ Pollard

Precio: 50 céntimos

Aviso importante

Nuestros distinguidos lectores pueden ya adquirir las elegantes tapas que hemos confeccionado, para encuadernar en tomos, las novelas publicadas hasta fin de año, como sigue:

Tomo I — del 1 al 22

» II — del 23 al 43

» III — del 44 al 64

al precio de Ptas. 1'25 cada tapa.

Para facilitar la encuadernación de los tomos, hemos concertado un arreglo con un especialista, y la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona, recibirá las colecciones completas que se deseen encuadernar (de momento hasta el n.º 43, o sean dos tomos), y en este caso el precio de las tapas y la encuadernación impecable sería de Pesetas 1'75.

PEDIDOS Y ENCARGOS: En los quioscos y puestos de venta de cosmorama y en la Sdad. General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona.

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

Importante

Comunicamos á los lectores de Madrid que la casa
MANUEL CASTRO,
Mazarredo. 4 :: Madrid
tiene puestas á la venta las tapas
para los tres tomos de las novelas
publicadas.

Tenemos además lujosamente encuadernadas las 22 primeras novelas
al precio de
PESETAS 7'50 EL TOMO
con un sobre conteniendo las postales
= ACEPTAMOS ENCARGOS =